

LOS CUESTIONARIOS DE LENGUAJE

1.—OBJETIVOS.

Los Cuestionarios de Lenguaje pretenden conseguir tres objetivos fundamentales: uno, básico, de formación intelectual; otro de nacionalización del pensamiento infantil, y, finalmente, el relativo al despertamiento del gusto literario en el niño.

a) *La formación intelectual.*

El viejo tema de la «educación formal» reverdece siempre que nos ocupamos de la didáctica de la lengua. Asignada tal virtualidad a los estudios de Humanidades, cada día se va viendo, con claridad más neta, que el cultivo de la lengua materna supera en calidades formales al resto de las disciplinas, incluidas el griego y el latín. Estos idiomas muertos son formativos en tanto en cuanto elevan su problemática sobre el torso de realidades psicológicas de todo orden conseguidas por la lengua del niño. Proablemente la razón esencial del fracaso de muchos esfuerzos del alumno y de sus profesores, durante la Enseñanza Media, radica en que el latín y el griego se enseñan cuando las estructuras mentales fraguadas por el manejo del idioma propio no poseen aún el rigor ni la hondura indispensable. En tal caso, construir sobre ellas la versión y la traducción equivale, literalmente, a «edificar sobre arena», y no es, por ello, de extrañar que tantos de nuestros adolescentes, llegados al Examen de Estado, sean incapaces de verificar traducciones aceptables, no obstante haber dedicado al estudio humanístico millares de horas.

Hoy se va viendo que la lengua materna atesora posibilidades de educación formal incomparables, porque la palabra no es solamente un «producto» del pensamiento, sino el pensamiento mismo cristalizándose, organizándose, constituyéndose. «El lenguaje supone, bajo su forma suprema, el pensamiento activo, la inteligencia libre, manejando, según las leyes constitutivas del campo de la conciencia, los automatismos funcionales. El es, por ello, toda la vida mental» (1). «La idea no está

(1) Henri Delacroix: *Le langage et la pensée*. París. Alcán, 1924. Pág. 370.

te, en la conciencia de los fenómenos lingüísticos, primero en su fase de *enriquecimiento*, luego, en aquellas otras, que se relacionan con su *matización* y su *análisis*. La Gramática invertía los términos, y, en vez de enriquecer la lengua infantil, se obstinaba en analizarla, cuando ni siquiera era poseída. De ahí el tedio, la ineficacia y el odio del niño a la Gramática. Como ha dicho Bally, el gran lingüista suizo, «cualquiera que sea la Gramática que se adopte, nada se gana con hacerla intervenir demasiado pronto: la Gramática no es útil más que en el momento en que puede poner orden en los hechos adquiridos por la experiencia, no antes» (7).

Hay que adoptar un camino inverso; en vez de ir por la Gramática a la lengua, hay que ir por la lengua a la Gramática, único modo de que el escolar vibre gozoso ante una materia de estudio, que no consiste en clasificaciones abstrusas, sino en el ejercicio con palabras y frases: las mismas que encuentra y usa en la vida de todos los días.

b) *El procedimiento activo.*

La Gramática *clasifica* los hechos de la lengua. Lo que importa, durante toda la escolaridad es, por el contrario, incrementarlos, flexibilizarlos, *enriquecerlos*. Saber que tal palabra es adjetivo, y cuál otra preposición, en nada aumenta las posibilidades de pensamiento y expresión del niño. Dotarle, en cambio, de media docena de palabras y frases nuevas en cada lección de lengua, es perfeccionar su pensamiento y su idioma, pues todo *vocabulario* digno de tal nombre es la traducción de un *ideario*.

Por todo ello, hay que poner el acento, no en la Gramática, que no enseña a hablar, sino en los ejercicios de lenguaje, mediante los cuales todas las formas de expresión, así en palabras, como en giros, reciben cultivo y tratamiento adecuados, poniendo en juego esa conquista metodológica impecable que es el *procedimiento activo*.

Si se trata, por ejemplo, de nombres, es absurdo que nos demos por satisfechos con que el niño sepa definir esta categoría gramatical y clasificar los que encuentre, en los asendereados ejercicios de análisis. Lo que importa es proporcionarle centenares de nombres por él desconocidos, con sus significaciones precisas. Eso es enseñar el nombre.

(7) Charles Bally: *El lenguaje y la vida*. Buenos Aires, 1944. Pág. 193.

Y así en todos los dominios de la lengua. Pero ello exige un desarrollo de la enseñanza del idioma cabalmente antitético del tradicional.

3.—ESTRUCTURA.

a) *Diversos tipos de ejercicios y actividades.*

Desde la conversación y la elocución hasta la Literatura, los más varios aspectos de ese océano inmenso que es la lengua, son sistemáticamente tratados, acomodándolos a las posibilidades de los diversos períodos en que divide la escolaridad el artículo 18 de la Ley de Educación Primaria.

Claro que no todos ellos se dan en todos los períodos. Así lo exigía la vieja *disposición cíclica* de las nociones, olvidando que hay aspectos inaccesibles a niños de determinada edad, y que el secreto de la eficacia didáctica estriba en actuar sobre cada aptitud cuando está madura para ello, o, como decía gráficamente William James, en «machacar el hierro cuando está caliente».

He aquí los tipos de ejercicios que se indican para el período de *enseñanza elemental*: 1: Conversación.—2: Elocución.—3: Adivinanzas.—4: Ejercicios de Lenguaje y pensamiento.—5: Vocabulario.—6: Lectura.—7: Escritura.—8: Gramática.—9: Recitación.—10: Narraciones.—11: Dramatización.—12: Literatura.

Muchos de ellos se subdividen en grupos más restringidos, cada uno de los cuales versa sobre un aspecto dotado de cierta autonomía. Así, por ejemplo, la escritura, está integrada por: a) Ejercicios de copia; b) Dictado y Ortografía; c) Caligrafía; d) Redacción, y en ésta hay que distinguir dos fases, de las que una es preparatoria de la otra: la redacción oral y la redacción escrita.

b) *Los aspectos capitales.*

Para nosotros, la lengua es, ante todo, una realidad psicológico-oral. «Fide ex auditu», dijo San Pablo; pero no sólo la fe, sino cuanto la palabra es y significa, entra por el oído. Temblor de la voz que produce un homólogo temblor del pensamiento y de la sensibilidad: eso es el lenguaje.

La escuela, por el contrario, propende a acentuar el lado gráfico del idioma contribuyendo a su enrigidecimiento y momificación. «La mayor parte de nuestros manuales, dice Bally, son imperativos y arbitrarios; se ocupan de la *forma* de los signos, no de las relaciones que

los unen al pensamiento» (8). Sustituyen el sentido por el signo, estudiando, sobre todo, las facetas aparentes de la lengua, con ovido del estremecimiento fecundante de la significación, que enriquece mentalmente al niño. En vez de una *Gramática de las palabras*, hay que hacer una *Gramática de las ideas*, como quería ya el Padre Girard; pero lo mejor es correr el doble camino de la idea a la palabra, y viceversa, concediendo siempre preferencia a la palabra hablada. «La escritura vela y empaña la vida de la lengua: No es un vestido, sino un disfraz... Cuanto menos representa la escritura lo que debe representar, tanto más se refuerza la tendencia a tomarla por base; los gramáticos se obstinan en llamar la atención sobre la forma escrita» (9).

Ya sé que la escuela ha de trabajar, indudablemente, sobre la lengua escrita. Pero no exclusiva, ni siquiera predominantemente. Los ejercicios orales deben ser extremadamente cuidados. Y aun la lectura, en su modalidad de lectura comentada, debe servir para que Maestro y niños, tomando pie en el texto, vuelvan su atención hacia el idioma coloquial, tan fresco y tan vivo, modelo eterno de pedagogos, gramáticos, escritores y poetas (10).

Esto quiere decir que, así en la lengua, como en la literatura, nuestra cantera inagotable será el habla y las creaciones del pueblo. El folklore se convierte así en tesoro que la escuela explotará ampliamente. Por él comenzaremos a ejercitar a los pequeños en idioma y poesía, en narraciones y dramatizaciones, único modo de transitar con eficacia «de la cultura espontánea a la cultura escolar» (11).

b) *La división de la materia docente.*

En armonía con las prescripciones de la Ley de Educación Primaria, la materia se ha distribuido en cursos y trimestres. No pocas dificultades encerraba esta novedad, pero había que adoptarla, no ya solamente por imperativo legal, sino también por propia convicción. Hay que sacar a nuestra escuela de una tradición didáctica lamentable, hija de nuestra inclinación al desorden, a virtud de la cual el programa es un

(8) Charles Bally: Op. cit. Pág. 197.

(9) Ferdinand de Saussure: *Curso de Lingüística general*. Buenos Aires. Losada, 1945. Pág. 79.

(10) Albert Dauzat: *La filosofía del lenguaje*. Buenos Aires. El Atenea, 1947. Páginas 33-40 y *passim*.

(11) A. Maílo: Op. cit. Págs. 157-168.

todo continuo, en el que ni los cursos operan cortes gradualmente ensamblados y concatenados entre sí.

Con tal división, cada curso tiene valor de *unidad didáctica*, con objetivos definidos a lograr, y dentro de él cada trimestre es como un paso de avance, que permite distribuir adecuadamente nociones y ejercicios, así como un control de la labor escolar sin el cual ésta camina ciega y torpemente.

4.—LO QUE NO ESTÁ EN LOS CUESTIONARIOS.

Los cuestionarios de cualquier disciplina son como guías orientadoras. Listas ordenadas de ideas y ejercicios, no pueden dar ni el contenido que en cada momento debe comunicarse, ni las actividades concretas, con su perfil definido, ni, menos, aún, el «alma» vivificadora de la enseñanza, la «intención y el «entusiasmo», que llevan a plenitud los fríos esquemas.

Ese saber y esa emoción son la parte intransferible que corresponde poner al Maestro, dirigido por la Inspección. De la Inspección y de los Maestros esperamos mucho, para que estos cuestionarios sean el inicio de una nueva etapa llena de fecundidad en la didáctica de la lengua patria.

ADOLFO MAILLO
Inspector Central de Enseñanza Primaria